

La risa como objeto de la ciencia

José Gordon

Aristóteles, Kant, Darwin y Freud han reflexionado sobre la naturaleza y el efecto de la risa. Bergson la vinculaba con la creatividad. Otros la han relacionado con la medicina: el humor como una forma de terapia. Bernard Shaw al igual que Jorge Luis Borges la veían como un medio de elevación espiritual, un juego intelectual para comunicarse y sortear momentos difíciles. El escritor Amos Oz considera a la risa como un antídoto contra el fanatismo. Konrad Lorenz, Premio Nobel en Medicina, planteaba que el humor y la sabiduría eran las grandes esperanzas de nuestra cultura. A pesar de este aprecio, conocemos poco sobre el fenómeno de la risa.

¿Por qué se dispara esta respuesta en términos neurofisiológicos? ¿Cuál es su función social? ¿Cómo se genera el contagio de esta expresión?

En el libro *La risa, una investigación científica*, el neurobiólogo Robert R. Provine registra un dato que llama la atención sobre esta respuesta: en 1962 ocurrió el equivalente a una epidemia de risa contagiosa en lo que ahora es Tanzania. Lo que comenzó como un ataque de risa aislado en un grupo de estudiantes (muchachas con una edad que fluctuaba entre los doce y los dieciocho años), rápidamente desembocó en un fenómeno de las proporciones de una plaga. Tuve la oportunidad de ver un documental sobre este fenómeno alucinante. La risa contagiosa se propagaba de una persona a otra e “infectaba” a las comunidades adyacentes. Era literalmente un ataque de risa. La epidemia fue tan severa que requirió el cierre de escuelas enteras. Tuvo una duración de seis meses. ¿Por qué reímos instintivamente al escuchar las risas de otras personas?

Este tipo de mecanismos se utilizan en programas de televisión cómicos que tratan de inducirnos en esa dirección. Una grabación de carcajadas marca al espectador el momento en que el productor siente que debemos reírnos.

Aunque nos hemos reído a solas con una novela de Ibargüengoitia o al oír a Andrés Bustamante decir que la ley de la gravedad debería reformarse constitucionalmente, la risa adquiere toda su dimensión en la compañía física de otras personas. De acuerdo con Provine, la gente tiende a reírse treinta veces más en una situación social que cuando está sola. Más que una expresión egocéntrica de una emoción, se concibe como un signo social. Constituye un importante componente de la naturaleza humana, uno de los distintivos de nuestra especie —aunque los chimpancés también responden a las cosquillas con una suerte de risa.

LA GRAMÁTICA DE LA RISA

El enfoque de Provine para estudiar la risa parte de una observación desapegada: trata de imaginar cómo apreciaría un extraterrestre a un grupo humano que ríe a carcajadas. ¿Qué información se puede extraer de “esos grandes animales bípedos sin plumas que emiten sonidos como si tuvieran un ataque, desde un conducto con dientes en el rostro”?

Provine propone que una forma razonable de abordar esa interrogante empieza por describir los aspectos más simples y obvios de ese comportamiento ruidoso: sus características físicas; las reglas que gobiernan esa expresión; las características de los animales emisores de esos sonidos (tales como el género); el mecanismo de la pro-

ducción de sonido; y el porqué estos animales se comportan así. ¿Se trata de una adaptación evolutiva? La amplia presencia de la risa y su estructura estereotipada y simple sugieren que tiene una fuerte base genética y neurofisiológica.

El estudio de Provine trató de analizar las características de esta respuesta, su frecuencia, la relación entre habla y risa. Se encontró que hay un orden, una sintaxis que coloca a la risa durante las pausas, al final de las frases. Ello sugiere un proceso neurofisiológico que gobierna esta estructura. De hecho, se le conoce como el efecto de puntuación. Se trata de una forma de comunicación, de respuesta social que va más allá de situaciones en donde consideramos que hay un juego de humor.

Las investigaciones tradicionales en esta área trataban de analizar el fenómeno de la risa en auditorios, ante la presencia de cómicos. El enfoque de Provine fue distinto. Buscó con sus colaboradores momentos comunes y corrientes en donde la risa ocurre de manera natural. Así se reunieron más de mil doscientas observaciones y se encontró que una persona promedio ríe con una frecuencia de un cuarenta y seis por ciento mayor a la de un público que ríe y que específicamente fue en busca de la risa a un auditorio.

Estos hallazgos corroboran algo que de alguna manera ya sabemos: la comunicación, la estructura del lenguaje está hecha de palabras, silencios, puntos y comas verbales y risas. En esta gramática, las risas son una especie de pausas de sonidos explosivos que indican que estamos en un intenso intercambio de información. Si esto le hace sonreír (una forma más sutil de este fenómeno), tal vez estamos dando pasos para confirmar esta hipótesis. [U]